

Los



NOVIOS

— de —

MICAH SUMMERS

Título original: *The 99 boyfriends of Micah Summers*

Adam Sass

Traducción: Gerardo Hernández Clark

© 2022, Texto: Dovetail Fiction, una división de Working Partners Limited

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Kaitlin Yang

Ilustración de portada: Anne Pomel

Adaptación del lettering de portada: David López

Ilustraciones de interiores: Anne Pomel

Fotografía del autor: Ian Carlos Photography

Primera edición en formato epub: marzo de 2023

ISBN: 978-607-07-9761-3

Primera edición impresa en México: marzo de 2023

ISBN: 978-607-07-9789-7

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

El editor no es responsable de los sitios web (y de su contenido) que no sean de su propiedad.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*



1

El Chico 100

¿Cómo sé si es amor? Ya vomité dos veces y ni siquiera lo he invitado a salir. Aunque mis amigos habrían preferido prescindir de esa información, todos estuvieron de acuerdo en que mis problemas estomacales, producto de la ansiedad, eran el pretexto perfecto para faltar a clases e invitar a salir a un chico por primera vez en mi vida.

¿Quién tendría cabeza en un día como este para pensar en números imaginarios o en el escándalo de Teapot Dome? Las señales de que llegó el momento de actuar están por todas partes: la nata de nubes grises que suele cubrir los edificios de Chicago se ha disipado por fin, dando lugar a un esperanzador azul Tiffany. Es el primer día cálido que hemos tenido en medio año, lo cual resulta perfecto para mi misión actual porque puedo ponerme mi camiseta negra favorita, que me hace ver como si tuviera brazos musculosos (aquí entre nos, no los tengo). No me siento culpable por faltar a clases. Ya hice la mayor parte de los exámenes finales. Prácticamente ya terminé el penúltimo año y la mitad de los de último año no asistirán hoy.

Entre ellos, Andy McDermott.

He estado revoloteando alrededor de Andy durante todo el mes de mayo con la férrea concentración de un tiburón acechando a un marinero caído al agua. Él estuvo saliendo durante casi un año con una chica de mi clase de cerámica. Luego, ella lo engañó durante las vacaciones de primavera, rompieron y Andy empezó a asistir a las reuniones del club LGBTQ+ de la escuela.

Como secretario del club, lo único que registré ese día en la minuta de la reunión fue: «Santo cielo. Andy está aquí».

Hannah, mi mejor amiga (y espía), averiguó que Andy faltaría a clases para ir al Grant Park y grabar unos tiktoks con su banda. Y ahí es adonde me dirijo, a toda la velocidad que da mi patineta de plástico.

La plancha miniatura y color rosa eléctrico de mi patineta se tambalea bajo el peso de mi mochila atestada, pero logro mantener el equilibrio. Después de todo, soy el chico flacucho de diecisiete años que parece de doce. El aire de primavera me acaricia el rostro mientras me deslizo por el puente de color herrumbroso que une el distrito Gold Coast, donde está mi casa, con el Loop, en el centro de la ciudad. Al llegar al lago, me doy cuenta de que la ciudad entera decidió irse de pinta: hay gente navegando en sus veleros, andando en bicicleta, corriendo, haciendo picnic, todos desesperados por aprovechar aquella probadita de calor, la primera desde octubre.

Sin embargo, aquel viento reconfortante no logra apaciguar la acidez burbujeante de mi estómago.

Este es el día en que Micah Summers invitará a salir por primera vez a un chico, pase lo que pase.

«¡Espero que no pase nada malo!».

Cuando al fin me detengo frente a una barrera de piedra que da acceso al Grant Park, tengo un golpe de suerte: Andy McDermott ya está ahí. Está a solas. Es muy raro encontrar a Andy sin su círculo de intimidantes amigos.

Y aquí está, sin ellos, formado frente a un carrito de hot dogs.

Andy es un chico sacado de un cuento de hadas, pero su apariencia me recuerda el estilo punk de *Descendientes*. Su cabello, oscuro y rizado, está teñido de azul verdoso en las puntas. Tiene pecas en sus mejillas ligeramente bronceadas, un arete de bolita, camisa de franela colgada a la cintura y anillos plateados en cada dedo. La vibra ideal para un video musical retro.

Procuro respirar de manera regular. Me humedezco los labios secos, aseguro mi patineta a la mochila y me formo en la fila detrás de Andy.

No repara en mi presencia. Mi corazón late con fuerza.

La vendedora de hot dogs, una mujer blanca y bulliciosa, ataviada con prendas de los Chicago Bulls, le hace una seña a Andy para que se acerque a pedir su orden.

¿Cómo se supone que voy a iniciar una conversación? Y una vez que lo logre, ¿cómo lo invitaré a salir con la naturalidad suficiente para no resultar chocante, pero a la vez con la claridad suficiente para que nuestra cita no se convierta en una fría salida de amigos?

En la vida real, los chicos no son príncipes de cuentos de hadas; son criaturas aterradoras e insondables, salidas de bosques misteriosos.

No hay tiempo para respirar. Saco mi teléfono y le escribo a Hannah en busca de apoyo. ¡Ayuda! McDermott está formado frente a mí comprando hot dogs. ¿Qué hago?

La respuesta llega de inmediato: ¡Invítalo a salir!

Estoy a punto de estrangular mi teléfono. Desde el séptimo año, Hannah ha salido con los chicos más maravillosos y populares, y siempre es a la primera que invitan. No sé de dónde saqué que sus consejos serían relevantes para mí, un chico gay que ni siquiera tiene la experiencia en citas que cualquiera de secundaria tendría.

Gracias, Hannah, pero ¿cómo?

Solo proponle que coman sus hot dogs juntos. Pero haz que suene como si «hot dog» fuera otra cosa.

Yo aquí muriendo, y tú, burlándote.

¡Dile que le invitas su hot dog!

Por fin, un consejo concreto, práctico. Hannah es la mejor.

—Con todo —le dice Andy a la vendedora con su voz rasposa, ronca.

—Son cuatro cincuenta —dice ella.

Yo me inclino hacia adelante y ofrezco mi tarjeta de crédito mientras Andy sigue buscando su billetera.

—Yo invito —suelto abruptamente. Mis palabras suenan como un exabrupto monosilábico.

Andy da un paso atrás. Su rostro desaliñado refleja sorpresa.

Ay, no. Actué demasiado rápido.

—¡Lo siento! —De manera inexplicable, levanto los brazos en un gesto de rendición—. Quise decir, ¿yo invito?

Andy sacude sus largas pestañas y su expresión de desconcierto se disuelve en una sonrisa taimada. Perfecto. Vuelvo a respirar.

—Ah, hola —dice—. Micah, ¿verdad? Del club ese de la escuela.

¡Me reconoce!

—Sí, eh... —digo mientras le entrego mi tarjeta a la vendedora. Mis ojos saltan de un lado a otro, posándose en todo menos en Andy. El plan pronto se desmorona. Para Andy, este chiquillo blanco, al que apenas conoce, acaba de salir de la nada y no ha explicado por qué.

—¿Vas a pedir también, o solo pagarás este? —pregunta la mujer.

Todo me da vueltas. No podría comer nada.

—Solo ese —respondo con voz débil.

—Oh, gracias —dice Andy, pero su tono amistoso no logra relajarme.

Haciendo un gran esfuerzo, lo miro a los ojos. Son café oscuro, salpicados con dorado. Está sonriendo.

Demasiada atención. El estómago se me estruja.

«Sonríe, Micah». Obedezco. «¡No muestres tanto los dientes!». Cierro los labios. «Parece que tienes náuseas». ¡Tengo náuseas! La sonrisa de Andy empieza a desvanecerse. «¡Lo estás perdiendo!».

—No sé qué harás esta noche —suelto de repente.

La ceja con piercing de Andy se levanta.

—Tú... ¿no sabes qué haré esta noche?

Lo que intentaba decir era «No sé qué harás esta noche, pero, si estás desocupado, ¿querrías ir a ver una película/cenar/lo que sea?». Por supuesto, me acobardé en la parte importante ¡y terminé sonando como un perverso!

—Aquí está tu tarjeta, querido —me dice la vendedora. Luego le entrega a Andy un hot dog envuelto en papel aluminio y una bolsa de SunChips. La mujer que está detrás de nosotros se abre paso a codazos para que sus hijos se acerquen a pedir; Andy y yo salimos al mismo tiempo de la fila.

Literalmente, ¿qué estoy haciendo? ¿Voy a ir detrás de él todo el día, como un fantasma triste?

—Quiero decir, si no tienes nada que hacer esta noche... eh... —balbuceo.

Por fortuna, Andy comprende adónde voy con todo aquello. Hace una mueca y se acerca un poco.

—Me siento superhalagado, Micah, pero...

—¡No hay problema! —espeto—. Feliz graduación. Feliz hot dog. Adiós.

Echo a correr en dirección contraria, con la vehemencia de una gacela que está a punto de convertirse en cena de un jaguar, y me detengo hasta que desaparece el tóxico charco de ácido de mi interior.

Mi corazón se marchita en mi pecho. Una vez más, no pude hacerlo.

Tan pronto como me siento seguro, a varias cuerdas de distancia de Andy, pongo en el suelo la patineta y me deslizo hacia el Millennium Park, un lugar más bien turístico, pero donde puedo desaparecer entre la multitud. Desaparecer es justo lo que necesito ahora. Bajo de la patineta, la hago saltar con el pie hacia mis manos y me siento con las piernas cruzadas a unos metros del Frijol, una gigantesca instalación de arte reflejante con la forma de, bueno, un frijol.

Abro mi mochila y saco un carboncillo y un cuaderno de bocetos Moleskine. Tan pronto como siento la textura del papel en mis dedos, el fuego de la humillación empieza a aplacarse.

Me arriesgué (más o menos) y fui rechazado (también más o menos).

Qué mala onda. Es hora de poner de lado ese flechazo y dibujar a Andy hasta expulsarlo de mi mente.

Empiezo a dibujar a Andy McDermott con trazos amplios y rápidos, pero no como es en realidad sino como mi flechazo me hizo sentir. Exagero sus rasgos: su cabello de puntas azules se vuelve una melena que le llega a los hombros; sus ojos se convierten en lunas doradas y relucientes; su camisa de franela se transforma en un tartán medieval, roto y agitado por el viento.

Es un pirata, como Westley en *El pirata y la princesa*. O un hombre lobo, como los de las novelas de romance que yo solía tomar a escondidas de la mesita de noche de mi mamá.

Un lobo pirata.

Añado florituras visuales, como un bosque de noche tatuado a lo largo de su brazo izquierdo. Un arete de aro y no de bolita como el suyo. Un par de colmillos diminutos bajo un grueso bigote.

No se parece en nada a Andy McDermott. En mi fantasía, Andy, el lobo pirata, me lleva a su casa en lo profundo de un bosque espeluznante. Nada de invitarlo a salir ni de tartamudear. No soy más que el prisionero voluntario de un lobo pirata. En esta fantasía, no soy un chico de diecisiete años que nunca ha tenido una cita...

A diferencia de mis amigos, a mí nunca dejaron de gustarme los cuentos de hadas porque no creo que sean tontos ni artificiales. Para un chico solitario y queer pueden ser tan reales como cualquier otra cosa, y más aún, porque yo controlo la historia. En el mundo real, soy un desastre. No sé hablar. Ni siquiera puedo ver a los ojos a la persona de quien estoy enamorado. No controlo nada. Pero en los cuentos de hadas puedo idealizar el amor tanto como quiera. Puedo ser quien yo quiera.

Cuando dibujo, soy yo mismo.

Abro Instagram y mi corazón se fortalece. Aunque mi cuenta de dibujos —@InstalovesInChicago— ha estado inactiva durante toda la semana a causa de los exámenes finales, tengo mil seguidores más. ¡Ya casi son cincuenta mil! Por lo general, no leo los comentarios, así que no sé si son positivos o negativos, pero el simple hecho de saber que todas esas personas están viendo mis dibujos me basta para contrarrestar la decepción de hoy.

«Me siento superhalagado, pero...». Ni siquiera dejé que Andy terminara la frase, como si esa interrupción hiciera que el rechazo fuera menor. Ya sea que el final de la frase hubiera sido «pero no me interesa» o «pero todavía no estoy listo después de mi rompimiento», lo cierto es que no comparto mis sentimientos. Como una agujeta que se desata, el sentimiento que parecía

amor se revela como lo que es en realidad: un flechazo unilateral. El amor es correspondido.

En fin. Otro fracaso para Micah Summers.

Como los otros noventa y nueve fracasos (o «éxitos casi alcanzados», como suelo llamarlos con optimismo), el espíritu de mi flechazo sigue viviendo en el dibujo romántico de lo que pudo haber sido.

Cuando me regalaron este cuaderno de bocetos hace dos años, en mi cumpleaños, tenía doscientas ocho páginas en blanco. Ahora, noventa y nueve de ellas contienen los dibujos terminados de mis Novios de Instaloves, cada uno rociado amorosamente con adhesivo Krylon permanente.

Sellados. Posteados en Instagram. Perfección.

Noventa y nueve novios.

Lo bueno es que nadie sabe que yo estoy detrás de esa cuenta. Mi familia participó en un *reality show* hace unos años (y *todo* el mundo conoce a mi papá); lo que menos quiero es que todo internet sepa cuántos flechazos fallidos ha sufrido Micah Summers. Gracias a que es anónima, Instaloves gira en torno al arte, no a los chismes. Me ha dado un espacio para explorar y hallar mi voz artística.

Reviso las notificaciones de mis mensajes, una columna infinita de mensajes no leídos. En las diminutas ventanas de vista previa, todos formulan variaciones de la misma pregunta:

¿Dónde está el Chico 100?

¿Cuándo publicarás al Chico 100?

Chico 100, ¿CUÁNDO?

«¿Cuándo llegará mi príncipe?».

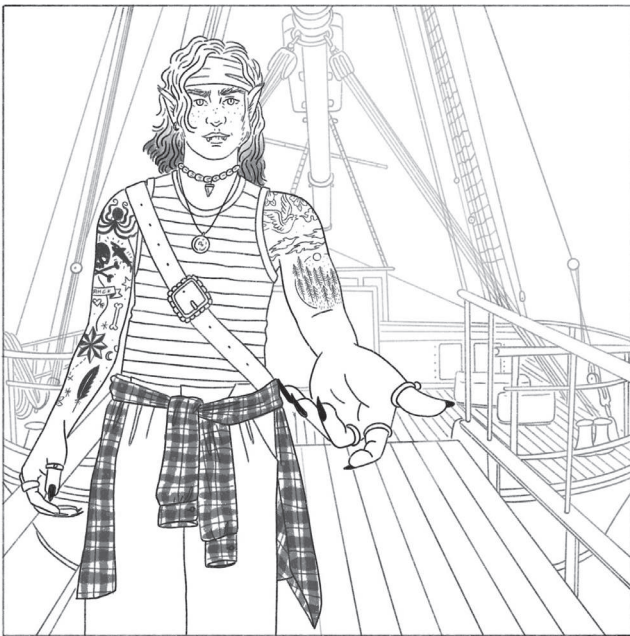
Mi corazón da un vuelco. Noventa y nueve flechazos, cero invitaciones hechas.

Durante toda la semana creí que Andy sería el Chico 100, el flechazo que por fin se convertiría en algo más. Pero el destino ha decidido que el Chico 100 sigue allá afuera, esperándome tal como yo lo espero a él.



2

El príncipe



El lobo pirata huele tu miedo, pero no tolera tu inquietud.

—No hace falta que digas nada —susurra—. Conozco un lugar donde podemos estar tú y yo solos.

Miras sus ojos dorados, bestiales, y de inmediato te sientes seguro. Este desaliñado forastero sabe lo que necesitas. Sabe ser delicado con tus emociones y lo suficientemente intrépido para burlarse de ti en la medida justa.

Abordan su navío y zarpan hacia el antiguo castillo de su familia. Una vez ahí, acampan en las montañas. Te sirve sidra con especias en una taza de cerámica que él mismo ha moldeado. Un fiel perro lobo se echa a tu lado.

Cierro Instagram sin postear el dibujo.

Las manos de Andy salieron demasiado grandes. No están bien.

¡Nada está bien!

Por lo general, lo que hace que mis Instaloves parezcan tan reales es que me mantengo al margen. Cuando miras mis dibujos y lees los pies de ilustración, *tú* te sientes arrebatado, *tú* vives la fantasía. Todos están basados en mis flechazos reales, y mi trabajo consiste en exagerarlos para que los demás sientan lo que yo siento. No obstante, en esta ocasión, una bota pesada e invisible me oprime el estómago mientras Andy me mira desde el cuaderno de bocetos con esas manos deformes. Por alguna razón, su atractivo está ausente.

¿En qué fallé ahora?

Suspiro. Este flechazo fallido me duele. Me pareció ver algo en sus ojos, algo de interés. Tal vez estoy haciéndome ilusiones. Tal vez está interesado, pero aún está dolido por su rompimiento. Tal vez habría estado dispuesto a salir conmigo si yo no lo hubiera echado a perder.

Mi teléfono empieza a zumbiar. Texto de Hannah. ¿Y bien? Cuando respondo con pulgar hacia abajo, escribe: ¿Nos vemos en Audrey's en 20 mins? Elliot te preparará chai.

Elliot.

Hannah insiste en que me haga amigo de ese chico. ¡El hecho de que los dos seamos gays no significa que debamos ser amigos! Tengo ganas de responder con un insolente: «¡No, gracias!», pero ella ha sido muy amable conmigo. Mientras atravieso patinando la ciudad, el primer día cálido de verano de Chicago me chamusca los vellos del cuello. Santo cielo, ¡cómo extrañaba el calorcito! Estoy seguro de que para julio estaré rogando por que llegue octubre, pero, por lo pronto, esta calidez es justo lo que necesito para reanimarme.

Eso y un chai de Audrey's.

Audrey's Café es mi obsesión más reciente. Hannah lo trajo a mi vida en el momento perfecto porque ya no puedo aparecerme por mi antiguo lugar favorito, Intelligentsia.

Un antiguo Novio de Instaloves, el número 59, está trabajando ahí.

De hecho, cuando doblo la esquina hacia Audrey's, veo al señor 59 en la ventana de Intelligentsia, colocando el letrero con las sugerencias de verano. Casi puedo ver el número 59 sobre su cabeza. Él me mira mientras atravieso la calle; el oscuro fleco cae frente a sus ojos. Sonríe, pero me siento demasiado traumatizado por mi último desastre como para corresponderle. Hace la seña de la paz y, milagrosamente, logro hacer lo mismo a medida que me alejo.

Antes de entrar al Audrey's Café, una acogedora cafetería francesa, saco mi cuaderno de bocetos para echarle otra mirada al lobo pirata Andy.

Unos vellos diminutos chisporrotean en mi nuca. No siento nada. Este chico, quien yo estaba seguro que se convertiría en el amor de mi vida, yace en mi cuaderno de bocetos y se ve tan tonto como me siento yo.

Quiero más que una mirada seductora. Quiero conexión.

El Chico 100 debe ser especial: una cita real, no otra decepción. Andy no era esa persona. El Chico 100 no puede ser alguien de quien me haga ilusiones solo porque me sonrió a me-

días. Las señales deben ser más fuertes y los sentimientos deben ser mutuos.

Rodeado de personas alegres sorbiendo sus lattes, paso un *cutter* por el centro de mi dibujo, lo separo por la mitad y tiro al lobo pirata Andy a la basura.

—Descanse en paz —dice Hannah.

Casi como salida de una nube de humo, mi mejor amiga —baja de estatura, elegante y negra, con piel siempre radiante— aparece junto a mí. Ambos miramos en la basura mi dibujo de Andy.

—¿Quién era ese? —pregunta.

Hannah ni siquiera reconoce a Andy, pero recuerdo de repente el aroma de la mostaza, de las cebollas recién cocidas y de la colonia almizcleña de Andy.

—El chico de mis sueños.

Hannah ríe y se cuelga de mi brazo.

—Ah, otro de esos.

—Bueno, algún día lo diré y será verdad.



Me interno entre el agitado gentío de Audrey's y mi mortificación empieza a disiparse. Estas personas no saben que acabo de hacer el ridículo frente a Andy McDermott ni les importa.

En el interior del café de muros de ladrillos, Maggie, mi hermana, nos hace señas a Hannah y a mí entre una multitud de otras almas perdidas que están en espera de sus lattes. Ella ya pidió los nuestros. Aunque nuestra familia tiene el dinero suficiente para comprar un amplio guardarropa, Maggie y yo siempre terminamos usando la misma ropa, como personajes de caricaturas. Ella, de cabello castaño y desmechado, y piel blanca como una columna de mármol, lleva su típico atuendo deportivo pero elegante. Yo llevo mi uniforme de gay blanco: pantalones deportivos y una camiseta negra barata con manchas de pintura. Hannah, por

su parte, cuida mucho más su aspecto, y hoy trae otro conjunto digno de Instagram: lentes con montura de carey y decorados con joyas, y falda verde azulado con blusa de manga corta a juego.

Hannah y yo nos abrimos paso entre la apretujada multitud para esperar con Maggie en la barra.

—¿Por qué estaban allá afuera mirando el bote de basura? —pregunta mi hermana.

—Otro Chico 100 desechado —responde Hannah con mirada compasiva.

Maggie parece abatida.

—¿Qué tenía de malo? Solo elije cualquier flechazo y publícalo. Tus seguidores se van a cansar de esperar.

Me pongo tenso. Maggie va para el segundo año de la carrera de medicina deportiva. No es artista ni influencer.

—¿A qué viene esa miradita? —Maggie aprieta los labios—. Ah, ¿no debo meterme donde no me llaman?

Encojo los hombros y manoteo buscando la manera más delicada de decir esto:

—Estoy tratando de encontrar al indicado. No puedo elegir así nada más cualquier flechazo y publicarlo.

Maggie levanta las manos como diciendo: «Vale, haz lo que quieras». Hannah camina a lo largo de la barra para reunirse con su amigo Elliot, un barista de baja estatura, blanco y regordete, de cabello rubio y desgreñado, solo un poco más oscuro que su piel. Elliot anuncia la siguiente bebida:

—¡Latte frío con canela!

Varias personas se quejan del tiempo que llevan esperando. Algunas protestan de que ese latte frío con canela lo ordenaron después de que ellas pidieran bebidas más fáciles de preparar. Al parecer, todos son expertos en café.

Mientras Elliot ofrece tímidas disculpas y regresa al vaporizador de leche, yo veo mi chai aún por preparar entre una fila de tazas que se extiende por toda la barra y llega hasta la caja.

Pobre chico. Es una fila sin fin y sin remedio.

Maggie voltea hacia mí con una ceja levantada.

—Déjame adivinar —dice—. Echaste a la basura tu boceto sin que Hannah ni nadie más lo viera.

Le tiro un beso y rezo por que no me sonsaque toda la historia. Por suerte, mi flechazo con Andy no duró lo suficiente como para que alguien, aparte de Hannah, supiera de él.

—No entiendo por qué no quieres enseñarle tus dibujos a nadie —dice Maggie.

—Es solo una manía, ¿okey? —respondo—. ¿Qué crees que pasaba durante todas esas clases privadas de dibujo del año pasado?

Maggie encoge los hombros.

—Ya sé, es solo que ha pasado mucho tiempo, y con todo el éxito de Instaloves, creí que habías superado esa renuencia a mostrar tus obras.

—Los seguidores de Instaloves no saben que se trata de mí.

Maggie y yo tenemos esta discusión al menos una vez al mes, así que o sufre amnesia selectiva, o intenta desgastar mi determinación, como un negociador de rehenes.

Hannah me hace señas para que me acerque, así que dejo a Maggie publicando sus estadísticas actuales en Instagram Stories.

—¿Ya te hartó Maggie? —pregunta Hannah sonriendo.

—Más o menos —respondo—. No me deja en paz con eso de que no le muestro mis dibujos a nadie.

—Solo quiere que seas más fuerte y tal vez que por fin invites a salir a uno de esos chicos.

Vuelvo a sentir el ácido en el estómago y cómo la sangre abandona mi rostro. Hannah debe de tener visión de rayos X para cuando me siento «no sé cómo», porque me toma de la mano.

—¿Tan mal estuvo? —pregunta.

Yo suspiro.

—No pude hacerlo. Estuve a punto, pero... ¿cuándo podré mantener la calma cerca de un chico para tener una conversación básica? Fue como si todo mi cuerpo rechazara la situación.

Hannah se para de puntillas y me da un beso en la frente. Un escalofrío agradable recorre mi cuello.

—Lamento no tener consejos para darte. Yo no soy la que invita; me invitan a mí. ¡Deberías pasarte de mi lado!

—Eso intento.

Ambos reímos y luego gruñimos. Al menos nos tenemos el uno al otro.

Mientras esperamos, la gerente de Elliot sale de la cocina a espaldas de él. Es una mujer blanca, arrogante y bronceada, que viste una camisa impecable y el cabello recogido en una cola de caballo tan ajustada como las que dejan calvas a las *ballerinas*.

—Elliot, ¿cuánto falta para tu descanso?

—Diez minutos —responde él sin dejar de trabajar. La gerente no dice nada. Mira a los demás empleados, pero todos están demasiado atareados como para cubrir a Elliot.

—Si quiere, puedo seguir trabajando —propone Elliot, desalentado.

—Gracias por tu buena disposición —dice la gerente mientras le estruja alegremente el hombro, como si fueran mejores amigos.

Hannah mira a la gerente con ojos de pistola mientras esta desaparece en la cocina sin ofrecerse a ayudar.

Yo miro la interminable fila de bebidas por preparar y hago una mueca. Me siento exhausto por Elliot. ¡Todas estas aglomeraciones de verano y ni siquiera hemos llegado al nivel del festival Taste of Chicago!

Dentro de poco más de un mes, el histórico festival gastronómico a la orilla del lago hará que los ciudadanos abandonen sus acondicionadores de aire y salgan a probar muestras de los gastronomos más célebres del país (por ley, Chicago no incluye a Nueva York en esta valoración). El Taste es maravilloso si vas

a comer. Sin embargo, si trabajas en gastronomía, es una pesadilla, pues hace que una ciudad abrasadora y exasperada triplique de la noche a la mañana su población.

El Taste va a enloquecer al pobre Elliot.

Por lo pronto, parece imposible en medio de este caos. O tal vez siempre es así de tranquilo. No lo sé porque es nuevo en la ciudad. Como vamos a diferentes escuelas, básicamente nos conocemos entre nosotros como el otro amigo gay de Hannah. A decir verdad, siento envidia y me quedo callado cada vez que su nombre sale a colación.

No es que él haya hecho algo para merecer esos sentimientos. El verano pasado, él y Hannah se conocieron mientras trabajaban como voluntarios en una clínica veterinaria. Emocionalmente, los animales enfermos y sin hogar fueron demasiado para ella, pero Elliot estaba en su entorno ideal y la apoyó en los momentos difíciles. Solo les tomó un mes volverse tan inseparables como ella y yo lo somos desde que nacimos.

De los dos mejores amigos de Hannah, él es el más dulce. Jamás haría algo tan raro como no mostrarle sus dibujos a Hannah.

«Tal vez esa es la razón por la que Elliot tiene novio y tú no».

Las puntas de mis dedos me hormigean y se adormecen. Para distraerme de la decepción de hoy, abro Instaloves y ojeo mis viejos dibujos. Está el Chico Audífonos, bailando a solas en el L, y mi historia sobre el departamento bohemio en Villachicos que habríamos compartido y donde habríamos creado música y dibujos todos los días. También está el Chico AP Bio con su corte militar, quien chocó conmigo después de su práctica nocturna de basquetbol. En esa publicación cambié su deporte a esquí, y él me llevaba a una cabaña en los Alpes y me hacía esquiar por la montaña a la puesta del sol.

Instaloves lo empecé para mí, pero, sorprendentemente, otras personas encontraron mis publicaciones y se interesaron

en esos dibujos anónimos y extravagantes. Parecía que las personas *necesitaban* la fantasía, en especial si el mundo no está construido en torno al amor como el nuestro. Los queers tenemos que crear desde cero nuestras historias mágicas, y yo voy a hacer todo lo que pueda para ayudar a los queer a soñar.

Un mundo agobiado merece soñar.

—Tal vez Maggie tenga razón —dice Hannah—. Saca ese dibujo de la basura y haz una nueva versión. Aprovecha el impulso que traes. ¡La gente está emocionada con el Chico 100!

Su voz estridente se escucha aun sobre el silbido de la espumadora de leche de Elliot. Algunos curiosos voltean hacia nosotros.

—Baja la voz —susurro encogiéndole la cabeza como una tortuga—. No quiero que Elliot escuche que se trata de mí.

—Ay, no. —Hannah hace una mueca y mira a Elliot mientras este sirve un capuchino—. Ya le dije.

—Hannah...

—Yo no sabía que *nadie* debía enterarse.

—¿Y ahora qué pasa, Nene Llorón? —pregunta Maggie, quien está de vuelta con nosotros. Siento la espalda tensa como la de un gato al oír ese apodo, como en «Micah el Llorón ya está chillando otra vez». Decido ignorarla.

Las manos de Elliot se mueven entre las bebidas con la gracia de un bailarín. Sin reducir la velocidad, voltea hacia mí y susurra:

—Será nuestro secreto. Tus dibujos de Instaloves son preciosos. Felicidades.

Siento las mejillas encendidas y sonrío a regañadientes.

—Gracias, Elliot.

—Brandon es el crítico de arte, pero yo creo que son geniales.

Mi sonrisa se desvanece. Traducción: «También le dije a mi novio y él piensa que eres basura».

Hago un esfuerzo para no gruñir. Supongo que no hay problema con que el dulce, perfecto e infalible Elliot lo sepa.

Él sirve hielo en una charola con cuatro cafés helados grandes, pero cuando anuncia la orden, la charola se ladea. Él logra estabilizarla, suspira y aparta con un soplido un mechón de cabello que le caía sobre los ojos. Cuando vuelve a anunciar las bebidas, un hombre corpulento y con bigote se abre paso entre la multitud y pone frente a él una taza de café.

—Está frío —gruñe el hombre. Elliot hace una mueca.

La charola vuelve a ladearse.

Contengo la respiración. Elliot logra equilibrarla.

—Lo lamento, señor —dice Elliot con serenidad—. Puedo prepararle otro.

—¿Y hacerme esperar otra media hora? —El hombre voltea hacia los demás clientes y resopla burlonamente, como esperando que nos unamos para atacar a Elliot—. Sería mejor que lo hicieras bien desde la primera vez.

—Le serviré uno nuevo ahora mismo. No tomará más de un segundo...

—Solo devuélveme mi dinero.

El hombre acerca más la taza a Elliot.

Este suelta un grito ahogado.

Sus manos tiemblan.

La charola con los cafés se cae.

No hay nada que hacer más que ver cómo las cuatro bebidas caen al suelo y explotan una tras otra como globos con agua. Todos retroceden, incluido Elliot, quien se lleva las manos a la boca al ver el desenlace: el área que rodea la barra es un campo de batalla con café cremoso, hielos y tapas decapitadas.

—¡Estoy empapado! —grita el hombre del bigote. Yo solo veo unas tenues salpicaduras en su pantalón. Es un exagerado.

Elliot estaba trabajando muy bien con las bebidas. Era una máquina de productividad. Ahora solo está parado ahí, conmocionado, mientras los demás lo miran con ira, y todo porque este ogro invadió su espacio.

La gerente vuelve a salir de la cocina y mira a Elliot con las fosas nasales dilatadas.

—Limpia. Yo me haré cargo de la barra.

Mientras ella se amarra un delantal manchado de leche, Elliot corre por un recogedor.

—Ese chico tendrá que pagar la cuenta de la lavandería —grita el hombre.

La gerente asiente mientras vaporiza leche.

—Nos haremos cargo de ello, señor. —Entrecierra los ojos y voltea hacia Elliot, que trae una cubeta con ruedas desde la parte trasera—. Elliot, ya van como cien veces que haces lo mismo. Esto tendrá que empezar a salir de tu salario.

Elliot no responde. El labio inferior le tiembla mientras exhala de manera lenta y controlada.

Siento que mi corazón va a explotar. Así es como me veía yo hace una hora: suplicando en silencio al universo que me hiciera desaparecer.

La ira se eleva en mí como un globo.

Ese cretino hizo que Elliot tirara esos cafés, ¿y ahora *Elliot* debe pagarlos?

Camino hacia el océano de café y hielos derramados y le pongo al Señor Bigotes dos billetes de veinte dólares frente a la cara.

—Oiga, fue un accidente. Yo pago la lavandería. Lleve allá su mala actitud, a ver si se la aguantan. Ah, y el café se enfrió porque usted le puso crema. Es lo que hace la crema.

Puedo jurar que el bigote del hombre se pone blanco cuando algunos clientes empiezan a aplaudir. El hombre me arrebató los billetes y se marcha airadamente mientras murmura:

—Milenials...

—¡Y, por cierto, somos Generación Z!

Hannah y Maggie me miran sorprendidas. Yo mismo estoy sorprendido.

¡Acabo de confrontar a un desconocido! Eso es nuevo.

Elliot trabaja muy duro como para que le hablen así. Y aun si no trabajara duro, no merece esa actitud. Nadie la merece. Elliot me sonríe antes de doblar en una esquina con la cubeta y un letrero de PISO MOJADO.

—Gracias —susurra mientras sigue trapeando.

—Solidaridad gay —le respondo en voz baja—. No hay nada que agradecer.

—Príncipe Encantador al fin y al cabo, ¿no?

¿Príncipe?

Cuando el cumplido de Elliot llega a mis oídos, las puntas de mis dedos empiezan a vibrar. Mis pies no están inquietos. No me estoy meciendo de adelante para atrás. Por extraño que parezca, mis zapatos están plantados firmemente en el piso.

No puedo contener una sonrisa.

Justo en este momento, en un lugar lleno de gente, adquirí acceso a algo poderoso. ¿Seguridad?

De pronto, todo cobra sentido. No puedo ser la persona a la que invitan, como Hannah. Si espero a que otro haga el primer movimiento, me quedaré esperando para siempre. Debo ser el Príncipe Encantador. Cuando invite a salir al Chico 100, no tengo que ser Micah Summers, el joven nervioso que nunca ha tenido una cita. No tengo que preocuparme de lo que piensen los demás de mí. Es un rol que puedo jugar.

Si en Instaloves juego un rol anónimo, ¿qué me impide ser alguien más en mi mente si eso me ayuda a calmar los nervios cuando invite a salir al próximo chico? No es que pretenda fingir ser alguien que no soy; es solo un pequeño truco mental para sentirme más seguro.

Quienquiera que seas, Chico 100, dondequiera que estés, ¡prepárate para conocer al príncipe!